ORACION AL POETA

A Juan Ramón Jiménez.

TUS ojos se apagaron junto al mar.
Te envolvió un crepúsculo de oro
y tu rostro se hundió en la inmensa quietud.
Rozó tu frente un aleteo de palomas
y un arrullo blanco golpeó tu corazón dormido.
En la arena de quebrado nácar
tu planta dejó una huella leve.

Poeta, dónde está tu canto.
En el mar sólo hay ronco alarido.
Dónde está tu voz.
El agua está honda y quieta
y las hojas callan en el silencio oscuro.
Dónde está tu pupila de tiniebla radiante.
Una estrella lívida cae en la infinita noche.

En la hora eterna te espera la novia blanca.
Partió antes que tú en una tarde triste.
Te esperan los gorriones que murieron
bajo la nieve de tu jardín distante,
las violetas pálidas de tu lecho
y las rosas que cubren tus manos dolientes.

Con tu vuelo trémulo
desgarraste el silencio del abismo
y la sombra se tornó refulgente.
Lo eterno quedó estático en tu pupila
y tu pecho se rompió como un cristal
traspasado de luz en la mañana.

Dulce amigo del árbol solitario
y de la salvaje criatura
de sedosa piel y de mirar esquivo.
Con lento paso ibas por caminos de sol
junto a su trotar grácil y pequeño.

Un día se recostó silencioso.
Te miró triste con sus grandes pupilas
y se quedó para siempre inmóvil
entre la hierba tibia y los astros lejanos.
En medio del camino te quedaste solo
junto a esa vida tronchada como un lirio.
y tus ojos lloraron
por esos ojos hondos y tranquilos.

Tú amaste la vida simple.
Entendiste la armonía
y el cósmico sentido de la idea
y la palabra en tus labios
abrió el arcano inefable.
Iluminado como el Rabindranath,
despierto a al vida sobrehumana,
perfecto en el Amor de toda criatura,
estrella y tierra palpitante,
océano amargo y embriagante jugo
de racimo dorado.

Hermano del sol y del mísero barro,
duermes en el regazo de la tierra.
El tiempo sigue su devenir oscuro
y tú estás siempre estático
entre lirios de sombra.

Tus manos de narciso casto
son llamas en la noche perenne
y tu rostro es el rostro
de la luz impalpable.

Cuenca (Ecuador), 1959.

ISABEL MOSCOSO DÁVILA